

CAPITULO XXIII.

De cómo la Gran Serpiente, luego que el Rey con Esplandian y el Maestro entraron en ella, se movió por sí, y sin gobierno de marineros, y por sola la sabiduría de Urganda, los llevó á la insula Firme.

Después que el rey Lisuarte entró en la fusta de la Serpiente, llevando consigo á Esplandian y al Maestro y á Sargil, que en ella hallaron, con que su señor hubo tan gran placer, y gran bastimento de viandas, de que muy bastecida estaba, y preguntó cómo harían mover aquella fusta, el Maestro le dijo que cuando fuese tiempo ella misma se movería. Pues hablando en esto, la Serpiente partió de aquel puerto, sin haber quien la gobernase, sino la gran sabiduría de aquella que por sus grandes artes á mucho mas bastaba su poder. Y navegando noches y días sin haber estorbo, huyendo todas las naves que andaban por la mar, siendo della sabidoras; en cabo de veinte días, una tarde, antes que fuese de noche, llegó al puerto de la insula Firme.

CAPITULO XXIV.

Del gran gozo y alegría que Amadís y Agrájes y los otros con la presencia del Rey y de Esplandian hubieron, y de cómo el Rey les cuenta las aventuras pasadas.

Cuando por algunos que en el castillo estaban fué vista aquella gran fusta, que bien conocían ellos, dieron grandes voces, de placer que dello hubieron. Así que, muchos de los que las oyeron se alborotaron, y con gran priesa corrieron á la mar por saber la causa de aquella venida; que bien pensaron que no sería sin misterio de alegría para sus señores, segun lo que de Urganda conocieron al tiempo que de allí partió. Y luego fueron las nuevas á Amadís y á Agrájes y aquellos caballeros que allí estaban, y á Oriana, que mas que todos ellos deseaba saber alguna buena nueva del Rey su padre, á quien ella, después de su amigo y marido, mas que á todos los que en el mundo vivían amaba. Cuando Amadís lo oyó, salió con aquellos caballeros á la mas priesa que pudo, y sin esperar caballos en que fuesen, antes así á pié como se hallaron, bajaron por la cuesta abajo, hasta llegar á la ribera de la mar, donde ya muchos estaban mirando lo que sería. Pues estando así como habeis oído, vieron echar un batel en el agua, y entrar en él el rey Lisuarte y Esplandian y el maestro Elisabat y Sargil, que lo remaba, y viniéronse derechamente á la parte donde Amadís estaba; y como llegó, salieron en tierra, y todos aquellos caballeros fueron al Rey por le besar las manos, poniendo delante al gigante Balan, que si por oídas no, no se conocían. Cuando el Rey los vió fué muy alegre, y abrazó al jayan, sin le querer dar las manos, y después á Amadís y Agrájes y á Grasandor, y á todos los otros caballeros que con ellos estaban, y luego ellos entre sí tomaron á Esplandian, y haciendo grande alegría, abrazándole muchas veces, que de todos era muy amado por su graciosa habla y buena crianza.

Amadís hubo mucho placer con su grande amigo el maestro Elisabat, y fué maravillado de lo ver en aquella compañía, y díjole: «Mi buen amigo, ¿qué ventura os juntó aquí donde os veo?—Mi señor, dijo él, mas hubiera

ser de desventura la causa dello; y déjese, si á vos pluguiere, para cuando hayamos mas espacio; que muy mucho hay que os contar.» En esto allegaron todos los caballeros de Amadís y de sus compañeros, y hicieron cabalgar al Rey y su compañía, y de allí se fueron todos juntos al castillo. Cuando Oriana supo la venida del Rey su padre y de su hijo, si dello hubo gran placer no es de contar; ella y todas aquellas señoras salieron fuera de la huerta á pié, con muy gran deseo de los ver. Cuando el Rey así las vió, apeóse del caballo, y fué para ellas riendo y con buena gracia, y tomó á Oriana, que de rodillas estaba, con sus brazos por el cuello, y besóla en la cara, y ella le besó las manos, y todas las otras, cayéndoles por el rostro y á Oriana las lágrimas, que la grande alegría suele atraer. Entonces llegó Esplandian y hincó las rodillas ante su madre; mas ella lo tomó abrazado consigo, y besóle muchas veces, como persona fuera de sentido, del gran placer que con él hubo. Así le tuvo, sin poder partirse dél, hasta que Mabilia y Olinda se lo quitaron, y lo abrazaron con mucho amor que le tenían. Esto hecho así, no contado en forma que pasó, porque semejantes autos mas consisten en se obrar que en recontar, todos se entraron al alcázar, donde el Rey con mucho vicio y placer descansó tres días, y allí les contó todas las cosas que le acaecieron: cómo Esplandian lo sacó de la prision por fuerza de armas, matando al Gigante y á Arcalaus el Encantador y á la guarda de la montaña, y lo que vió en la batalla del jayan, y la razon por qué fué preso, y por qué engaño, y todas las otras cosas que hasta allí acaecieron cuando faltó. Luego Oriana mandó á la doncella de Denamarca que, tomando consigo á Durin, su hermano, se fuese á la reina Brisena, su madre, y le contase aquellas bienaventuradas nuevas, así como las aprendiera, y cómo el Rey se partiera luego para ella, y que iría con él Amadís y ella y todos aquellos señores que allí estaban, con sus mujeres; y que tomase mucho placer, pues que Dios había remediado su gran tristeza. La doncella de Denamarca, oído el mandado de su señora, luego lo puso en obra con mucho placer; que de tal jornada no esperaba sino haber muy grande honra y no menos provecho.

CAPITULO XXV.

De cómo yendo el rey Lisuarte con sus caballeros á Londres por ver la Reina, salieron de una floresta cuatro caballeros, acometiendo la justa con Esplandian. Y después que Esplandian hubo dellos la vitoria, diéronse á conocer, que eran don Cendil de Ganota, y don Galvanes, y Angriote de Estravaus, y don Galaor.

Aquellos tres días pasados, que el rey Lisuarte reposó del trabajo de la mar, dijo á Amadís y á su hija Oriana que sin otra tardanza se quería ir donde la Reina su mujer estaba; ellos le dijeron que así era razon que lo hiciese, porque con su vista, demás de la Reina, otros muchos serían consolados, y que ellos y Agrájes y Grasandor con sus mujeres y con los caballeros que allí estaban, y el gigante Balan, que así lo quería, le acompañarían y servirían en aquel camino. Al Rey plúgole que así lo hiciesen; pues luego que fueron aparejadas todas las cosas necesarias al camino partieron de la insula Firme, todos los caballeros armados como

solian andar, y Esplandian en su caballo blanco, armado de aquellas armas de las coronas que Urganda le envió, el cual parecía tan bien, llevando las manos y el rostro desarmado, en aquel hermoso caballo, con las ricas armas y su hermosura, que no había persona que lo viese, que pudiese partir dél los ojos. Así fueron camino de Londres, donde la Reina estaba, con muy sabrosa vida; que Amadís hiciera ir personas que les tuviesen posadas, con todo el aparejo de camas y mesas y viandas que en tal jornada se requeria. Llegados á una jornada de la villa de Londres, entrando por una floresta de muy espesas matas, que el Rey siempre para sus cazas tenía guardada, anduvieron por ella hasta una legua, y vieron en el camino cuatro caballeros debajo de unos árboles encima de sus caballos, armados de todas armas, y sus escuderos cabe ellos, que les tenían las lanzas y los escudos, que los yelmos en sus cabezas los tenían, y una doncella en un palafren bien guarnida, la cual se vino para el Rey, y como llegó dijo: «A vos, don Caballero de las armas blancas, aquellos caballeros que allí están os envían á decir que estas devisas de las coronas que traeis, les digáis por qué razon las tomastes. Y si tal fuere que á su honra se satisfaga, dejarse han de aquí adelante desta demanda, y si no, conviene que las dejeis ó las defendáis, como la mas alta devisa que hay en el mundo.» Cuando esto oyó Esplandian dijo: «Doncella, decid á esos caballeros que yo no sé otra razon que ellos quieran saber, por agora, sino que las traigo por aquella dueña Urganda la Desconocida, que me las envió, y porque son en sí muy hermosas; y si esto no les satisface, decidles que la causa es muy pequeña para haber conmigo quistion ni batalla; que mucho mejor sería que sus fuerzas fuesen empleadas en otra parte.» La doncella dijo: «Caballero, no son aquellos tales que han menester vuestro consejo, ni vuestra respuesta les quitará de lo que piden; por eso aparejados; que no os podeis excusar con palabras.—Ciertamente, doncella, dijo él, yo estoy muy desviado de lo que ellos quieren, y si les placiere, no debrian por tan liviana cosa ponerse en rigor conmigo.—Mal empleada sea en vos, dijo la doncella, esa vuestra hermosura y ricas armas y caballo; que tal respuesta, en deshonor vuestra y suya, dais; pues, ó dejaréis esta compañía y el camino, ó conviene que las coronas defendáis.» Esplandian dijo: «Por el camino tengo de ir; y si ellos me acometen, me harán agravio.»

El Rey y aquellos caballeros se maravillaron mucho de la demanda de la doncella, y no hubo ahí tal que la conociese, ni podrian pensar quién serian los caballeros; y sin decir ninguna cosa fueron su via, porque Amadís y sus compañeros deseaban mucho, por las cosas que el Rey le dijera, de le ver combatir, y no creían, segun su tierna edad, que sus fuerzas tanto subiesen. Oriana y las otras dueñas, de empacho, no hablaron en cosa tan apartada y diversa de su condicion. Esplandian enlazó el yelmo y tomó el escudo y la lanza, y fué como antes iba. Como esto vieron los caballeros, apartóse el uno y dijo: «Caballero, pues que no hecistes lo que nuestra doncella os dijo, guardadvos de mí;» y puso las espuelas al caballo lo mas recio que pudo, y la lanza so-

el brazo, y fué para él. Esplandian cuando así lo vió venir dió de las espuelas á su caballo, y cuanto llevar lo pudo, encontró al caballero de tan recio golpe en el escudo, que lo sacó de la silla por encima de las ancas del caballo, y dió tan gran caída en el campo, que en ninguna manera se pudo levantar, y la lanza fué quebrada. Como esto vieron sus compañeros, salió otro y dijo: «Caballero tomad otra lanza, que os conviene justar.» Como Amadís lo oyó, envióle la suya. Esplandian la tomó con algo de mas saña, porque así lo acometian, y fueron el uno contra el otro; mas el caballero cayó en tierra sin ninguna dificultad, y el caballero sobre él. Cuando esto vió el Rey dijo: «¿Qué os parece de aquel novel caballero?» Agrájes dijo: «Bien puedo decir que de cuantos caballeros he visto, nunca otro que tan hermoso pareciese en la justa como ese vi, ni su padre, que es escogido, pero en los caballeros que ha derribado no sé qué diga, hasta saber quién son y á lo que su bondad basta.»

Pues luego vino el otro caballero al encuentro y dijo: «Tomad otra lanza; que yo quiero probar si seré mejor justador que estos mis compañeros.» Esplandian le dijo: «Caballero, bastar debria lo que sin ninguna causa habeis acometido contra mí; ruégoos que me dejeis, que todo esto se hace contra mi voluntad; porque si algun esfuerzo he recibido de aquel Señor que dar lo puede, en su servicio querría que se emplease, y no en esto que vosotros tomáis por honra.» El caballero le dijo luego: «Como quiera que ello sea, no pasaria tal vergüenza sin que tome la parte del bien ó del mal, que estos caballeros tomaron.—No tengo yo por buen seso, dijo Esplandian, si ellos erraron, y vos lo conoceis, que sigais lo que ellos hicieron; antes los cuerdos toman ejemplo en lo que otro hace, así en lo malo como en lo bueno, y esto sería mejor; pero, pues que así os place, así sea.» Entonces envió á Sargil á Agrájes que le diese su lanza, y apartándose del caballero, fué el uno contra el otro lo mas recio que los caballos los pudieron llevar, y hiriéronse en los escudos con las lanzas, que luego fueron quebradas en piezas, y juntáronse los caballos uno con otro, y los escudos tan bravamente, que Esplandian fué algo sin sentido; mas el otro caballero salió de la silla, y dió tan gran caída en el suelo duro, que no supo dónde estaba. Cuando esto vió el cuarto caballero fué muy espantado y dijo: «Ahora puedo yo decir que deste caballero Urganda ni el Rey no pudieron tanto decir dél bien, que en él mas no haya; pero todavía me conviene de lo probar; que si no lo hiciese, no perderia esta lástima en toda mi vida;» y dijo contra Esplandian: «Caballero, conviene que justeis conmigo, aunque bien conozco que os hago descortesía; mas, segun lo habeis hecho, de cosa que os acaezca, no se debe contar á mengua.» Esplandian le dijo: «Vosotros me acometeis sin razon con mucha soberbia, y no os debeis maravillar que, así como la culpa es vuestra, lo sea el daño.»

Entonces envió por la lanza de Grasandor, y fueron el uno contra el otro al mas ir de sus caballos, y ninguno dellos faltó el golpe; antes se encontraron en los escudos de guisa, que las lanzas volaron en piezas, mas otro mal no se hicieron, y pasó el uno por el otro.

Cuando esto vió el caballero de la floresta, tornó el caballo y dijo: «Buen caballero, ruégoo que justemos otra vez; esto os demando por cortesía.—Pues que tanto os place, dijo Esplandian, hágase así, aunque por mi voluntad no sea.» Entonces envió por una lanza que traían para el Rey, y apartándose el uno del otro y encontrándose de tal manera, que las lanzas fueron luego quebradas, juntáronse uno con otro, así los caballos como ellos con los escudos tan fuertemente, que Esplandian perdió los estribos, y se hubo de abrazar al cuello del caballo; mas el caballero de la floresta y su caballo cayeron en tierra de tan dura caída, que los que miraban pensaron que era muerto; mas no fué así, que luego salió del caballo y se levantó y dijo: «Buen caballero, bien nos habeis dado á conocer que vos sois aquel que en bondad pasa á todos.» Esplandian no le respondió ninguna cosa, que estaba con mucha vergüenza de lo que ante su padre le habia acontecido. En esto llegó el rey Amadís y su compañía, y el caballero, que á pié estaba, se quitó el yelmo y fuése al Rey por le abrazar, y conocieron que era el rey de Sobradisa, don Galaor. Cuando el rey Lisuarte así lo vió, no os podría hombre contar el placer que hobo en verlo, y quiso bajar del caballo para lo abrazar; mas don Galaor no lo consintió, antes así se abrazaron, como aquellos que mucho se amaban. Amadís le dijo riendo: «Señor hermano, ¿así os habeis hecho salteador de caminos?—Así, Señor, como veis, dijo él, por probar este caballero si era tal, que, dejando á vos en la cuenta, de nosotrosuviésemos á él por el mejor.» Cuando Esplandian conoció ser aquel su tío, el rey don Galaor descabalgó de su caballo y hincó los hinojos ante él, demandándole perdon; mas él levantólo luego, y lo abrazó y besó con mucho placer, y díjole: «Buen sobrino, no hay que os perdona, que el mayor hierro que aquí hubo á mí lo hice, en dar á conocer á todos ser vos muy mejor caballero que yo, y no os debeis maravilliar que os probase con intencion de os vencer; porque si así como lo pensaba, se cumplieran las adivinanzas que en vuestro loor son dichas, quedarán por vanas, y la valentía y grande esfuerzo de vuestro padre sin par, y con la gloria y fama que siempre tuvo.» El Rey le preguntó quién eran los otros caballeros, que ya se levantaban, desacordados de las grandes caídas. Don Galaor le dijo que el primero que justara fué don Cendil de Ganota, el segundo don Galvanes, y el tercero Angriote de Estravaus. Mucho placer recibieron el Rey y Amadís, y sus compañeros con ellos, y mas por no haber cosa de peligro; mas sobre todos lo hubo Oriana, que la buena ventura de su hijo hizo tan alegre como si la hicieran señora del mundo. De Esplandian os digo que, como quiera que en el semblante mostró gran pesar por haber justado así con el Rey su tío y con los otros caballeros que amaba tanto su padre, muy grande alegría sintió en su corazón, y por gran alegría tuvo haber derribado aquellos que tantas cosas y tan famosas en armas habian hecho, especial á su tío, que, despues de Amadís, su padre, no habia en el mundo ninguno que de bondad le pasase. El Rey se detuvo allí un gran rato, hasta que los caballeros fueron en todo su acuerdo, y lízolos cabalgar en sus caballos, y fué su camino ade-

lante, hablando y riendo con ellos, como aquel que de corazón los amaba.

CAPITULO XXVI.

De cómo don Galaor declaró al Rey la causa por qué á Esplandian convidaron á la justa, y habla del gran placer y alegría que la reina Brisena y los de su palacio con presencia del Rey y de Esplandian recibieron.

Entonces preguntó el Rey á don Galaor por qué causa vinieron á aquella justa. Él le dijo cómo la doncella de Denamarca habia llegado con el mandado de Oriana á la Reina, y le contara todas las cosas que á él le acaeciera en la prision, y lo que Esplandian habia hecho, y por se probar con él, como lo hicieron, habian salido de Lóndres encubiertamente, que ninguno lo supo; pensando que la bondad de Esplandian estaba mas en la afición de le tener el amor del nieto que en su valentía ni esfuerzo, y que no habian hallado otra causa para le poner en saña, sino aquella de las coronas, porque la doncella de Denamarca, entre las cosas que dél contara, dijo lo que Urganda le enviaba á decir cuando en las armas con su doncella, cómo las coronas trajese por devisa; y asimesmo dijo que era el caballero del mundo de menos ira. «Dijo verdad, respondió el Rey, tanto, que donde no le conozcan será en todas las mas cosas tenido muy en poco antes que lo prueben.» Así como oistes iba el Rey con aquella compañía, y llegaron á comer á un lugar pequeño, que en la floresta estaba, donde le tenían aparejado; así que, con lo de las justas, y lo que el Rey se detuvo hasta que los caballeros entraron en acuerdo, y con la comida, no pudieron llegar ese día á Lóndres; y fuéles forzado quedar esa noche en el castillo de Miraflores, que por él era el derecho camino. El Rey se apeó en el monasterio donde Adalasta, la honrada dueña, era abadesa, y mandó que ninguno fuese á Lóndres, porque las gentes no saliesen á lo recibir; que, como ya la edad y la voluntad iban envejeciendo, así la codicia de las cosas que hasta allí por gloria habia tenido se iban resfriando; de lo cual era muy obligado á dar gracias al Señor del mundo, porque la condicion juntamente con la edad le conformaba. Lo que, por nuestros pecados, pocas veces acaece; antes de ser mucho al contrario, que faltando la frescura de la juventud, por donde el sano y justo conocimiento habia de quedar libre para seguir aquello que fué criado, entonces la soberbia, la codicia, la vanagloria, y otros muchos vicios y pecados, en su lugar se aposentán.

Pues allí en aquel monasterio holgó aquella noche, con aquellos caballeros hablando en su justa y en las otras cosas en que mas placer habia, y otro día cabalgó el Rey con aquella compañía, y fuése para Lóndres, que dos leguas de allí estaba, y entró por una puerta de sus palacios que salía al campo. Cuando la Reina supo de su venida, salió de su cámara con sus dueñas y doncellas á lo recibir, y vióle cómo venia por la sala, y fué á él por le besar las manos; mas la alteracion fué tan grande, que sin ningun sentido, así amortecida la hizo caer en sus brazos. Porque, así como la gran tristeza en la pérdida pasada fué sin número, así con la presente vista en muy mayor cantidad le sobrevino la

gran alegría, porque naturalmente lo que nos agravia codiciamos desechar, y lo que nos alegra deseamos creer; y considerando ella en lo primero, que perder su marido, todo lo mas de su honra, su estado y su descanso se perdia, y en lo postrimero ser todo reparado con la vista de aquel que como á sí mesma amaba, y por quien siempre con mucha afición y devoción rogaba á Dios que antes á ella que á él llevase deste mundo, no deseando ser fuera de aquella premia, como muchos lo hacen, que despues de lo haber probado, de grandes angustias y dolores no pensadas son combatidos; pues estando así tan descordada, el Rey la juntó consigo, que bien vió, si la dejase, que no habria fuerza para se sostener, y ya algo reparado su desmayo, llegó Amadís con el gigante Balan á le besar las manos, y Agrájes y Grasandor; mas como ella vió á Esplandian armado, tan rico y tan hermoso, parecióle que un palmo mas que cuando antes lo viera habia crecido. Y como él hincó los hinojos, tomóle entre sus brazos y juntó el rostro con su seno, viniéndole las lágrimas á los ojos. ¡Oh mi hijo bienaventurado! bendito seas tú, que tanto gozo y descanso has dado en la casa atribulada. Luego llegaron Oriana y aquellos señores con mucha humildad, y los hinojos hincados, le besaron las manos.

CAPITULO XXVII.

De cómo, sabidas las nuevas de la venida del Rey por su reino, convinieron de todas las partes sus naturales por le ver; y de cómo Esplandian, tomada la licencia, se partió para la insula Firme.

Así como oido habeis, fué tornado en su reino en su libertad, salido de la cruel prision el rey Lisuarte, con mucho mas gozo dél y de toda su casa y vasallos que si tan duro contraste no le viniera; dando mucho mas gracias á Dios, que con la prosperidad lo hacia, recordándose que aquellas fortunas y trabajos le venían por el poco conocimiento que hasta allí tuvo del servicio del verdadero Señor, que tanto bien le hizo, creyendo que contra la su ira ningun imperio ni gran señorío solo un momento se podría amparar. Así que, entre los deleites y vicios deste mundo, estas grandes y duras sofrenadas debriamos, no solamente no temer ni huir dellas, mas demandarlas, porque muy mejor es con las adversidades ser humildes y enmendados, que con las prosperidades soberbios desagradecidos. Estas nuevas sabidas por todo el reino, las gentes se levantaron por lo ver, en tanto número, que los caminos y campos cubrian; así que, no pasaron ocho dias que la villa de Lóndres con gran parte de la comarca no se hinchiesen. El Rey con aquellos caballeros anduvo entre ellos, animándolos, honrándolos y dándoles gracias por el grande amor que en el sentimiento por ellos hecho le mostraron. Esto hecho, y las gentes á sus tierras tornadas, el Rey quedó con aquellos señores y señoras en mucho descanso y placer, pero no poniendo en olvido de tomar de allí adelante tal vida, que siendo muy diversa de la pasada, diverso galardón alcanzase. Esplandian tenia mucho deseo de volver á la montaña Defendida, por estar cerca donde su señora estaba, y porque las cosas de armas que por él pasasen fuesen empleadas

en destruicion de los enemigos turcos, y si la muerte en ello le alcanzase, alcanzarle hía gran parte de la perpétua gloria, y por saber lo que Carmela, la su doncella, traeria en respuesta de la embajada que llevó; y luego habló con el Rey, diciéndole, si á su merced plugiese de le dar licencia, que se tornaria á aquella montaña á ganar alguna honra, porque la cortedad del tiempo que fuera caballero no le diera hasta allí lugar que como convenia la alcanzase.

El Rey, como quiera que en lo partir de sí tanto sentia como si el corazón de sus entrañas le arrancasen, considerando su edad y el alto principio de su caballería, no quiso estorbar su deseo, especialmente sabiendo la parte donde emplear lo queria. Así que, la razon venciendo á la voluntad, pudo tanto, que la licencia por el Rey le fué otorgada, y porque si decir se hubiesen las cosas que pasaron en el alcázar de la Reina y de Oriana, su madre, y las lágrimas que sobre ello se derramaron, seria enojosa prolijidad, no se dirá mas, salvo que, en fin, así ellas como Amadís, su padre, se lo otorgaron, de lo cual muy gran placer y alegría su ánimo sintió; y luego al tercero día, no llevando en su compañía mas de al maestro Elisabat y á su escudero Sargil, en sendos palafrenes, y en su hermoso caballo blanco, armado de aquellas ricas armas de las coronas, se partió un lunes de mañana, camino de la insula Firme, en el puerto de la cual su gran fusta habia quedado.

CAPITULO XXVIII.

Cómo yéndose Esplandian por su camino para la insula Firme, un valiente caballero de aventura lo afrontó tan bravamente batallando, que ambos mas cerca de la muerte que de la vida quedaron, y conociéndose el aventurero por vencido, declaró ser su padre Amadís, y con grave dolor fueron traídos en el monasterio de Miraflores.

Partido Esplandian de la ciudad de Lóndres con tal compañía como habeis oido, donde al rey Lisuarte, abuelo, y á la reina Oriana, su madre, les quedó muy gran deseo dél; que su padre Amadís el día antes habia salido, diciendo ir á caza de venados, que ya despedido dél estaba; tomó el camino derecho de la insula Firme, donde su gran fusta habia quedado, con intencion de se desviar de cualquiera justa ó batalla que ofrecer se le pudiese, porque su deseo ni su saña no era encendida en él, salvo en hacer guerra á los enemigos de la fe. Y como anduviesen tres leguas, entraron por la floresta, que antes que á lo descombrado saliesen, les quedaban casi otras tres. Y á una pieza caminando, antes que llegasen á un gran rio que la floresta atravesaba, en el cual habia una gran puente y una casa de monte del Rey, donde algunas veces se aposentaba cazando y pescando, que se llamaba la Bella Rosa, vieron cómo de la ribera salió un caballero en un hermoso y gran caballo, armado de todas armas, su lanza en la mano, á guisa de querer justar, y como cerca dél llegaron, el caballero de la ribera dijo: «Caballero, no paseis mas adelante, porque yo soy guardador desta puente; que así conviene que lo haga por no faltar de mi palabra; pero si por fuerza de armas la pasádes, yo seré quito de mi promesa, y vos del tra-

bajo de buscar otro pasaje.» Esplandian le dijo: «Si en el tiempo de mi padre, que las venturas en esta tierra demandaba, y de los otros famosos caballeros, que sobre tales causas como estas combatían, acaecíades, probáades vuestra ventura, como la fortuna os la diera; pero dígoos, caballero y señor, que su honra ni su fama no la querria, ni Dios por tal vía me la dé. Pues el paso nos quitais, no nos quitaréis el campo, que es harto ancho.» Entonces se apartó por se desviar; mas el caballero le dijo: «En vano es vuestro trabajo, pensando hallar vado en el río, que antes os tomaria la noche.» Cuando Esplandian esto oyó, algo enojado, dijo: «Caballero, según lo que decís, no me puedo excusar de haber con vos batalla; pues que así es, quiero ver si vuestro estorbo me porná mas embarazo que el rodeo del camino.» Entonces enlazó su yelmo, y echó el escudo al cuello, y tomó la lanza y dijo: «Ahora me dea el paso, ó os guardad de mí.»

El otro caballero no respondió ninguna cosa, antes al mas correr de su caballo se fué para él, y Esplandian asimismo, y diéronse tan grandes encuentros en los escudos, que las lanzas quebraron, sin que lo sintiesen mucho. Y como los caballos venían recios, y los caballeros con voluntad de se vencer, juntáronse tan bravamente, y los escudos y los yelmos unos con otros, que los dos cayeron de los caballos en tierra, y dieron tan grandes caídas, que el Maestro pensó que eran muertos. Mas á poco rato se levantó Esplandian y puso mano á su espada, con gran vergüenza por haber así caído, y fué contra el otro, que ya estaba aparejado para lo herir, y comenzaron entre sí la mas brava batalla que nunca por hombre en ninguna sazón fué vista. El maestro Elisabat, que los miraba, dijo: «¡Oh santa María, valedle! ¿qué será esto? Que algun diablo en forma de caballero es este, que al encuentro nos ha venido para nos confundir.» Los caballeros anduvieron en su batalla bien una hora, sin descansar ni hacer otra cosa, salvo darse los mas fuertes y duros golpes que ellos podían. De manera que los escudos eran hechos pedazos, y las lorigas desmalladas y rotas por muchos lugares; así que, tanta sangre les salía que el campo estaba teñido. Entonces el caballero de la puente se quitó un poco afuera y dijo: «Caballero, dejad el camino y quitáos de la batalla, porque siendo vos el mejor de cuantos yo he probado, gran pesar habria en que aquí fuédes perdido.» Esplandian le dijo: «Si vos, caballero, fuédes tal, que mas á virtud que á cobardía me fuédes reputado, podría ser que hiciese lo que decís por dar contento á mi voluntad; mas conociendo de vos tenerme en tal estrecho, donde pienso que el fin de la gloria será la muerte de entrambos, no penseis en ál sino en os defender; que tened por cierto que hasta que la muerte ó el vencimiento del uno nos desparta, otra holganza por mi parte no habrá.» Entonces se fué el uno al otro, y tornaron á su batalla con mucha mas saña y fuerza que de primero; en la cual duraron, sin que ninguno dellos mostrase flaqueza, dos grandes horas, en que cada uno probó todo su poder. El ruido de los golpes era tal, como si allí se hiriesen veinte caballeros. Muchas veces se trabaron á brazos, dejando las espadas en las cadenas que las tenían; mas no pudiendo-

se derribar, tornaban como de primero á se herir muy cruelmente.

Cuando el maestro Elisabat los vió con tal ira y en tanto peligro dijo: «Mi amigo Sargil, entiendo que Esplandian ha hallado la sepultura de su tierna y hermosa edad. Señor Dios, guárdalo por tu piedad, porque su deseo no es sino en crecer la tu ley santa.» Sargil estaba como espantado, y las lágrimas le caían por su cara en ver el gran estrecho en que su señor estaba. Mas no tardó mucho, que antes que la hora tercera pasase, el caballero de la puente fué tal parado, y sus armas tan maltratadas, que ya en él no habia sino la muerte; que Esplandian lo aquejaba con tales golpes, y andaba tan vivo y tan ligero, que solo un momento no le dejaba holgar, tanto, que ya aquellos que lo miraban conocieron que si mas porfiase seria muerto, cuando así Esplandian, que con saña ardia de se ver tan maltratado, le dijo: «Don Caballero, mucho mal he recibido de vos, queriéndome sin causa llegar á la muerte; mas yo haré que os vais adelante.» Entonces alzó la espada por le herir de toda su fuerza; mas el otro, que ya la saña no podia mandar, dió una voz y dijo: «Ya no mas; que yo conozco ser vencido.» Esplandian detuvo el golpe y dijo: «Pues decid quién sois.» El caballero le dijo: «Venga el maestro Elisabat, que bien será menester.» Luego se le cayó la espada de la mano, y sentóse en el campo; que no se pudo en los piés tener. Esplandian llamó al Maestro, diciéndole que aquel caballero le queria hablar. El Maestro llegó, y descalbando de su palafren, fué á él, que desacordado estaba, de la mucha sangre que se le fué y de los golpes grandes que recibido habia, y como le quitó el yelmo, conoció que era Amadís, de que fué muy espantado. Cuando Esplandian le vió, echó la espada en el campo, y quitándose el yelmo, comenzó de llorar muy agramente y decir: «¡Oh captivo sin ventura! ¿qué he hecho?» Y cayó sin ningun sentido cabe su padre.

Cuando así el Maestro vido el padre y el hijo, comenzó á maldecirse muchas veces porque su gran desdicha le habia traído á estado que delante sí viese las dos personas que en el mundo mas amaba en punto de muerte; y viendo que por allí poco remedio les daria, llamó á Sargil que le ayudase; y como aquel que en el mundo todo no habia quien de aquel oficio fuese su igual, puso tal remedio en las heridas de Amadís, cual otro alguno no supiera. Sargil socorrió á su señor, tomándole en sus brazos, y así estuvieron con ellos hasta que en todo su acuerdo fueron. Luego el Maestro los hizo cabalgar en sus caballos, aunque á grande afán de Amadís. Mas su grande y fuerte corazón, que siempre la flaqueza mucho despreció, le dió tanto esfuerzo, que sin mucho afán de los que llevaban, le puso en el monasterio de Miraflores, donde él y su hijo fueron en sendos lechos echados.

CAPITULO XXIX.

Que Amadís no murió destas heridas, y de cómo declaró al Rey la causa por qué con tan cruda batalla á su hijo habia probado.

Pasó esta cruel y dura batalla, así como ya habeis oido, entre Amadís y su hijo, por causa de la cual algunos dijeron que en ella Amadís de aquellas heridas

muriera, y otros que del primer encuentro de la lanza, que las espaldas le pasó. Y sabido por Oriana, se despenó de una ventana abajo. Mas no fué así, que aquel gran maestro Elisabat le sanó de sus llagas; y á poco espacio de tiempo, el rey Lisuarte y la Reina su mujer les renunciaron sus reinos, quedando ellos retraídos, como adelante se os contará; y fueron reyes él y Oriana, muy prosperados, de la Gran Bretaña y de Gaula, y hubieron otro hijo, que se llamó Perion, y una hija, que no menos que su madre fué hermosa, que casó con un hijo de Arquisil, emperador de Roma. Pero la muerte que de Amadís le sobrevino no fué otra, sino que quedando en olvido sus grandes hechos, casi como so la tierra, florecieron los del hijo con tanta fama, con tanta gloria, que á la altura de las nubes parecían tocar. Sabido por el rey Lisuarte el estado de estos dos caballeros, acudió allí luego con la Reina y Oriana y otros, y como quiera que de su gran daño dellos mucho dolor hubiesen, considerado que si honra en ello se ganara, entrambos la ganaban, como padre y hijo, consolaronlos mas con semblantes alegres que con tristes, sabiendo del Maestro tener buena esperanza en su salud. Fué preguntado á Amadís por la Reina y aquellos señores por qué causa tan cruelmente á su hijo habia probado. Él les respondió que la igualdad de la fuerza dellos fué en tanta cantidad de tiempo tan pareja, que sin gran afrenta y peligro la diferencia de la menoría no se pudiera conocer; y cómo él hubiese pasado por cosas tan señaladas, y con las presentes de su hijo, las suyas, como viejas, eran ya puestas en olvido, que quiso renovarlas, poniendo á sí y á él en aquel estrecho, deseando ser vencedor. Creyendo que, como la fortuna en todo lo otro tan ayudadora y favorable le habia sido, que así en aquello lo fuera, lo cual ganando, ganaba toda la fama, toda la alteza de las armas, que ni el padre al hijo, ni el criado al señor debia dejar, pudiéndola para sí haber; pero que aquella misma fortuna le habia dado bien á conocer la gran diferencia que del uno al otro habia; y que si algun consuelo le quedaba, era la honra que del buen hijo al padre podia alcanzar. Pues así estaban Amadís y su hijo Esplandian en sus lechos, curando dellos el maestro Elisabat, teniéndoles compañía el rey Lisuarte con muchos caballeros, y la reina Brisena y Oriana con muchas dueñas y doncellas de gran manera. Mas agora dejará la historia de hablar dellos por una pieza, y contaros ha lo que les acaeció al rey Garinto de Dacia y á Maneli el Mesurado despues que del gran puerto de la insula Firme partieron cuando ellos y Esplandian fueron armados caballeros.

CAPITULO XXX.

De cómo el rey Garinto de Dacia y Maneli el Mesurado socorrieron á Urganda en la afrenta que los caballeros le hacían en la montaña, cuando al hijo del emperador de Roma traía.

Despues que el rey Garinto de Dacia y Maneli el Mesurado recordaron de aquel sueño con que del puerto de la insula Firme partieron, como ya se os dijo, halláronse armados de todas armas en la mar en una barca con dos escuderos suyos, una noche tan oscura y tenebrosa, que apenas unos á otros se podían ver, tan

cerca de la tierra, que sin entrelazo alguno en ella salir podían; y estando todos cuatro muy maravillados cómo habian venido, teniendo en la memoria las cosas que en la insula Firme vieron y pasaron, y cómo fueron armados caballeros, no sabiendo cómo della se habian partido, y creyendo que casi en sueño habia pasado todo, no sabían qué pensar ni qué decir. Pero ya mas acordados, considerando que mas en la voluntad del Señor poderoso, á quien todas las cosas sujetas son, que en la suya estaba su vida ó muerte, no sabiendo qué de sí hacer, si desviar la barca de la tierra, navegando por la mar, ó esperar á que el día viniese, á poco rato vieron en la tierra un fuego muy grande, no muy lejos de donde ellos estaban, y acordaron de salir de la fusta, y saber si allí podrian hallar quien les dijese qué parte era aquella donde habian arribado, y tomando sus yelmos en las manos y los escudos á los cuellos, y saliendo de la barca, comenzaron á subir á pié por una espesa montaña hácia donde el fuego parecia, mandando á sus escuderos que de allí no se partiesen. Pues llegados al fuego con muy grande afán, vieron una mujer con una criatura en los brazos metida en él, de manera que diez pasos al rededor la cercaba; y diez caballeros que al rededor andaban armados, sin que por él osasen entrar, y el uno dellos, que de muy ricas armas estaba armado, amenazando la mujer, diciendo: «Dueña, mala hembra, no os pueden valer vuestras artes, que yo no os dé muy mala muerte.» Mas como ellos llegaron, aunque los yelmos tenían en las cabezas, luego de aquella mujer fueron conocidos, y dejando la criatura en el suelo, se vino corriendo para ellos, diciendo á grandes voces: «Socorredme, hijos, que mucho os he menester.» A estas voces, mirándola los caballeros mas que antes, conocieron ser Urganda la Desconocida, de que en verla fueron muy maravillados, y dijéronle: «Señora, vos no temais; que nuestras vidas serán puestas por salvar la vuestra.»

A esta sazón se llegó luego á ellos aquel caballero que señor de todos los otros parecia, y dijoles: «Caballeros, ¿sois vosotros de la compañía de esta alevosa dueña que tan grande engaño me ha hecho sin saber por qué?—Caballero, dijo Maneli, la dueña es leal, y si daño ó agravio os hizo, sería porque algun yerro vuestro fuese emendado.—¿Cómo? dijo el caballero; parece que queréis vosotros sostener su maldad.—Queremos, dijo Maneli, contradecir vuestra soberbia; que la bondad della conocida es en muchas partes por tan grandes hombres, que muy poco las palabras vuestras ni de otros semejantes pueden menoscabar su grande honra.» El caballero, que destas tales palabras muy enojado y airado fué, puso mano á su espada para lo herir, y así lo hicieron todos sus compañeros. Maneli y el Rey pusieron luego mano á las suyas para dellos se amparar y defender; mas Urganda, como así los vió revueltos para se herir, mató el fuego súpitamente, y tomando á los dos caballeros por los tiracoles de los yelmos, llevólos hácia sí; de manera que la oscuridad de la noche fué en tanto grado, que no se pudieron ver los caballeros los unos á los otros, aunque la tenían cercada, y pensando de herir en aquellos dos caballeros, con la mucha saña que en sí mismos tenían, hiriéronse los unos con los

otros de esquivos y grandes golpes, sin se poder conocer unos á otros; así que, la porfía fué entre ellos de tal manera, que en muy poco espacio de tiempo fueron todos los mas dellos mal heridos. Mas Urganda, tomando los dos caballeros y el niño en sus brazos, lo mas ahína que ella pudo se metió por las mas espesas matas de la montaña; y así anduvieron una muy gran pieza, hasta que ya, de muy cansados, les convino reposar debajo de unos grandes árboles, cuando ya la luna comenzaba á aparecer. Pues ellos allí estando como veis oído, Urganda, muy leda con los dos caballeros, y ellos asimismo con ella por la haber hallado en tal tiempo que la pudiesen servir, preguntándole qué ventura fuera aquella tan extraña, y qué parte era aquella donde estaban, que ellos no sabían mas de haber llegado aquella noche á la ribera de la mar, y que habiendo visto aquel tan gran fuego, habían salido de la barca por ver si hallarian algunos que les diesen algunas nuevas. Urganda les dijo: «Mis hijos, sabed que este niño que aquí veis es hijo del emperador de Roma y de Leonoreta, su mujer, y hurtósele de su palacio aquel caballero que entre los otros mas ricamente armado vistes; aquel es hijo del mal don Garadan, primo, hijo de hermano, del Patin, emperador de Roma, que Amadís, llamándose el caballero de la Verde Espada, mató en la batalla en presencia del rey Tafinor de Bohemia. Y porque este hijo no halló en este otro emperador tal acogimiento como él lo esperaba, según la parte que su padre en aquel gran señorío había tenido, hurtó este niño, creyendo con él alcanzar aquello que, á su parecer, á su padre y á él le era debido; no considerando que los leales y buenos servicios que en este mundo se hacen, si de aquellos que los reciben no son agradecidos, que aquel Señor de todo el mundo, que todo lo sabe, cuando mas sin esperanza de aquel galardón que los hombres merecen está, entonces por otras vias no pensadas en mayor cantidad los satisface; no habiendo por bueno que ninguno con tal deslealtad como la deste caballero la enmienda tome, siendo muy extraño de su servicio con una fuerza ser otra emendada; porque, según á la soberbia somos todos sojuzgados, no se podría hacer sin que pasase gran parte de la justa medida; y por esta causa quiso que en su lugar hubiese ministros que sin afición ni pasión alguna, con acuerdo y justo juicio las fuerzas emendar hiciesen. Pero guay, mis hijos, de aquellos que tal mando y no menos poder tienen, si al contrario lo hacen; que aunque en este perecedero y caduco mundo no lo sientan, en el otro, que ha de durar sin fin, perpétuamente lo pagarán; y tanto mas grave, cuanto á ellos mas que á los otros era dado poner remedio en lo mal hecho. Y á este caballero que os digo, olvidado, siguiendo aquella naturaleza soberbia de Garadan, su padre, con que muerte desastrada recibió, hurtó por grande arte este niño para con él se meter en sus castillos que tiene, y viniendo con aquellos caballeros que en su compañía viste, siendo ya tan cansados, que sus caballos no los podían llevar, constreñidos y apremiados de gran necesidad, se recogieron en unas casas de pastores que en esta montaña están, trayendo consigo una mujer para que de mamar le diese; lo cual por mí sabido, quise

cumplir aquella promesa que al Emperador hice estando en la insula Firme; y dejando mi palafren escondido en las mas espesas matas, me fui á aquellas casas, diciendo que me iba huyendo de unos ladrones que me habían robado y habían muerto á mi marido. Y en tanto que los caballeros y la mujer comían de lo que allí hallaron, encomendáronme el niño para que yo lo tuviese. Mas aderezando ya para luego se partir, y ensillando sus caballos y tomando sus armas, no mirando ni sintiendo de mí, me salí lo mas presto que pude, corriendo por lo mas espeso del monte, pensando cobrar el palafren; mas aquella mujer desde que lo vido dió grandes voces á los caballeros que me siguiesen, y fué tanta la priesa que tomaron, que dejando los caballos, fueron en pos de mí á pié. Pero la noche hacia tan oscura, que no me podían hallar hasta tanto que á todas partes se esparcieron, y como yo no podía mucho correr, así por el niño, que me ocupaba, como por ser ya cansada, alcanzáronme dos dellos, y viéndome sin ningún remedio, hice súbitamente aquel fuego que vistes, de que toda me cerqué; y á las voces que estos dieron acudieron todos los otros, como los hallastes en aquella hora que al muy alto Señor plugo de vos aportar á aquella parte, así como lo acostumbra hacer con aquellos que su servicio siguen, quedando ellos con algo de la pena que merecen, y nosotros en salvo.—Buena señora, dijeron ellos, pues ¿qué hareis ahora desta tan chiquita criatura, que de hambre será luego perecida, y qué mandais que nosotros hagamos?—Mis hijos, dijo ella, entre tanto que el día venga yo habré tales yerbas, que el zumo dellas bastará para le sostener, y vosotros llegaréis conmigo á mi fusta, que al pié desta montaña quedó en la mar, donde tomaremos consejo de lo que se debe hacer.—Así se haga, dijeron ellos, y mucho nos place, porque el Emperador y su mujer reciban este beneficio. Pero tanto vos rogamos, Señora, que nos digais, si á vos pluguiere, qué se hizo Esplandian, y si se ha sabido algo del rey Lisuarte.—No os lo diré, dijo Urganda, porque antes conviene que paseis por una extraña aventura, en que vuestros ánimos serán en muy grande aflicción puestos.»

Quando ellos vieron que así se quería encubrir, dejaron de mas le preguntar, y hablaron en otras cosas hasta que el día vino. Y Urganda puso recaudo en la hambre del niño; tomándolo en sus brazos, se fué con los dos caballeros así á pié, á las veces descansando, hasta que llegaron á la nave, donde hallaron cuatro doncellas y dos enanos, que la gobernaban.

CAPITULO XXXI.

De cómo Urganda, despedida de los dos caballeros noveles, y acompañada de dos fuertes dragones, se fué á llevar el infante al emperador de Roma, y del gran placer que con ella hubieron.

En aquella nave que oistes, estaba Urganda con los dos noveles caballeros, hablando y holgando en aquello que mejor les parecia, no queriendo restituir el niño al Emperador su padre, porque siendo mas sin esperanza de lo cobrar, en mucha mas estima su servicio tenido fuese; y despues que algunos dias pasaron, pareciéndole ser conviniente cosa poner remedio en tanta turbación y tristeza como entonces en la corte del Emperador

CAPITULO XXXII.

En el cual, contando la historia de las extrañas aventuras que á estos noveles acaecieron, dice cómo en una montaña con un valiente oso lidiaron, y dende á la ribera se volviendo, hallaron su barca en las ondas casi perdida.

Estos dos noveles, rey de Dacia y Maneli el Mesurado, partidos de Urganda, como habeis oído, llegaron á su barca, donde los escuderos hallaron, y entrando en ella, metiéronse al hondo, no pensando de ir á otra parte sino donde la ventura los guiase; y como quiera que á la sazón muy agradable el tiempo les fuese, no tardó mucho, con la gran fuerza de los vientos que les sobrevinieron, que la mar fué tan embravecida y la tormenta tan grande y fuerte, que ni se podía hallar ni dar remedio; aunque todos cuatro, con los remos que tenían, mucho trabajasen por tornarse á la tierra donde habían salido. Y como sin esperanza alguna se viesan, sino la de Dios, encomendándose á él, se consolaban, diciendo que no se diesen ellos mucha fatiga ni trabajo de lo que la fortuna y aquel mal tiempo les daba; considerando que la honra y el prez de las armas no se podía alcanzar sino con las cosas mas cercanas á la muerte. Pues así estaban todos cuatro, sin saber lo que dellos podría ser; porque aquella tan pequeña morada y aposentamiento suyo, en la voluntad de los fuertes vientos y de las bravas ondas, mas que en la suya dellos, estaba para ser guarida ó perdida del todo. Pero la barca ni por su miedo ni consolación no dejaba de ir discurrendo á las partes que la ajena voluntad la guiaba, así de día como de noche desmandada, sin que tierra ni persona que por la mar anduviese ver jamás pudieran. Mas ya al cabo de treinta dias, no les quedando ya casi vianda alguna, la fortuna los echó junto á una isla pequeña, muy hermosa de árboles, en que había algunas peñas que de fuera parecían.

habría, se despidió de los dos caballeros, diciéndoles que se tornasen á su barca, esforzándolos y amonestándoles que con grandes corazones resistiesen las fuerzas de la movible fortuna cuando adversa y contraria se les mostrase; pues que para el mas excelente y alto oficio, que era la orden de la caballería, habían nacido. Y salida en tierra, acompañada de dos muy fuertes dragones, que entre sí la llevaban, lanzando por sus bocas llamas de fuego, encima de un palafren, llevando el niño en sus brazos, tomó el camino por la espesa montaña contra una villa donde el Emperador estaba; que Trimola se llamaba; mas no anduvo mucho sin que muchas compañías de gentes que el niño buscaban encontró; que, por el grande espanto y miedo de los dragones, así como de la muerte, della huían. Mas ella muy alegre, riendo de así los espantar, no se apartaba del camino; y anduvo tanto, hasta que al encuentro le ocurrió aquel valiente y esforzado rey de Cerdeña, don Florestan, que mucho afán había pasado en aquella demanda, y había hallado ya al hijo de don Garadan y á sus caballeros, maltratados de la quistion que entre sí hubieron, como ya se os contó. Y como había visto huir la gente de los dragones, quiso saber qué cosa sería, como aquel que su fuerte y bravo corazón en los semejantes casos de grande afrenta, como aquella era, había de mostrar su alta virtud. Y llegado donde la dueña venia, conocióla muy mejor que los otros, que della noticia ninguna habían habido; y sin ningún temor ni miedo se fué para ella, humillándosele con muy gran cortesía. Y la dueña Urganda se comenzó á reír, y dijo: «Esforzado Rey, llegaos á mí; que siendo yo de vos aguardada, los espantables dragones serán muy bien excusados, pues que su gran braveza á la vuestra igualar no se puede.»

Entonces el Rey, acostando la lanza á un árbol, quitándose el yelmo de la cabeza, vido la dueña sola en su palafren, con el niño en los brazos, sin saber qué se hizo de aquellas dos tan grandes serpientes; y saludando el uno al otro, la tomó el Rey por la rienda, y dió las armas á su escudero, que en pos dél venia; y con gran placer del uno y del otro, hablando en muchas cosas, llegaron á la villa de Trimola, donde la Emperatriz, por la pérdida de su hijo, con muy grande angustia y no menos lágrimas hallaron. Y tornándolo todo al contrario, con aquellas fuerzas que la grande alegría sobre la tristeza tener suele, siendo ya las angustiosas congojas pasadas, enviaron luego mensajeros á todas partes al Emperador, que con muchas compañías por otra via había salido. El cual venido, no menos placer con la vista de Urganda que con haber su hijo cobrado, su ánimo sintió. Mas agora los dejarémos en su gran deleite, que con las esperanzas que Urganda les dió en la pérdida del rey Lisuarte, mucho fué acrecentado; y contáros hemos qué hicieron los dos noveles caballeros despues que de Urganda se partieron.

Mucho placer hubieron aquellos caballeros en se ver, por cualquier manera que fuesen, salidos en tierra; y como la barca á la orilla llegase, salieron fuera, y atándola por la cadena á un árbol, dejando en ella el uno de sus escuderos, acordaron de saber qué remedio allí se hallaria; y comenzaron de entrar por la isla, llevando los yelmos en sus cabezas y los escudos á los cuellos. Mas no anduvieron mucho, que en un valle hallaron una fuente debajo de unos altos y hermosos árboles, donde quitados sus yelmos, se lavaron y bebieron del agua, que dulce y sabrosa les pareció. El escudero que con ellos iba, que era del rey de Dacia, que Argento se llamaba, les dijo: «Buenos señores, yo, que vengo sin armas, si lo teneis por bien, quiero saber qué hay en esta isla, porque, según lo que hallare, así tomaréis el acuerdo.—Bien será, dijeron ellos, pero sea de manera que no vos perdamos.—Así lo haré, dijo él, que si desde aquella cumbre no viere lo que busco, tornarme he para vosotros.» Entonces se fué por entre las matas, y siendo una pieza dellos alejado, vido contra sí venir un oso muy grande á maravilla, de que hubo gran temor; y dando muy grandes voces que lo socorriesen, se subió muy presto en un árbol; mas el oso lo siguió hasta ser al pié del árbol. Los caballeros, que á la fuente quedaron, como las voces de Argento oyeron, fueron á mas correr hácia allá, con tanta

prieta, que los yelmos no pudieron tomar, y se quedaron cabe la fuente; y llegando al escudero, vieronle estar en el árbol, y el oso que subía por lo tomar; mas ellos dieron muy grandes voces porque lo dejase, á las cuales el oso volviendo el rostro, vido los caballeros que contra él iban, descendió cuanto mas pudo, y se volvió para ellos levantado en los piés traseros. Maneli, como de mas edad y mas recio que el Rey fuese, iba delante, poniendo el escudo encima de la cabeza, y la espada en la mano fué para él, y dióle un gran golpe en la cabeza, que le derribó la una oreja con parte de las quijadas; mas el oso le tomó entre sus fuertes brazos y trabo con los dientes en el escudo tan fuertemente, que todos pasaron de la otra parte; así que, Maneli fue tan embarazado de los brazos, del oso que consigo apretado le tenía, que no se pudo valer ni hacer mas, y parecióle que todos los huesos del cuerpo le quebraban. Mas á esta hora llegó el rey de Dacia, y hirió con su espada al oso en el un brazo de tal golpe, que se lo cortó todo á cercen, junto á la mano, de manera que luego cayó en tierra. El oso dió un gran bramido, y soltando el caballero, comenzó de huir en tres piés, y el Rey en pos dél corriendo por lo herir; y no lo pudiendo alcanzar, tornóse donde Maneli estaba asaz quebrantado de la batalla del oso; y cómo llegó á él, preguntóle cómo le iba. «Mal me va, dijo él; que aquella mala bestia endiablada me ha quebrantado todo mi cuerpo.»

En tanto descendió el escudero del árbol muy espantado, y vino para donde ellos estaban, y díjoles: «Señores, esta tierra mas me parece de animales brutos que de otras gentes; muy bien será, si os parece, de volveros á la fuente, y entre tanto que la mar sosiega su furia, podría ser que por allí acudiese alguna persona, si la isla no es despoblada. — Hagámoslo así, dijo Maneli, porque pueda ser en fuerza tornado.» Así se volvieron á la fuente, y llegando cerca della, vieron estar dos jimios muy grandes, que tenían los yelmos en las manos, y poníanlos en las cabezas y quitábanlos; y cuando vieron á los caballeros subieron encima de los árboles, llevándose los yelmos; andaban tan ligeros de unas ramas en otras, como si ninguna cosa llevaran. Los caballeros, que debajo estaban, dábanles voces y tirábanles piedras; mas los jimios se guardaban muy bien dellas, regañando los dientes tan fuertemente, que los hacían crujir. Cuando los caballeros así vieron sus yelmos perdidos por tal aventura, y lo que los jimios hacían, y cómo los amagaban con ellos para se los tirar, y los detenían, ni pudieron estar que de muy gran gana no riyesen; mas no sabían qué hacerse, que la entrada de la mar les defendía la tormenta; pues estar en aquel yermo, no teniendo otra vianda, sino algun poco que les había quedado, no esperaban otro ningun remedio que á ellos bueno fuese. Pero acordaron de quedar allí aquella noche, y mandaron á Argento que llamase al otro escudero, que en la barca había quedado, y que trajese algo para que comiesen, que bien menester lo habían. Esto se hizo luego como fué mandado, y venidos con el recaudo, desarmáronse luego los caballeros, y cenaron cabe aquella fuente, hablando en muchas cosas de placer. Y cuando fué tiempo de dormir, acostáronse sobre la fresca yerba, que allí había mucha,

y durmieron hasta la mañana, como aquellos que los dias pasados poco sosiego ni reposo en la mar habían tenido, temiendo de ser anegados.

Y siendo el día venido despertaron, y vieron debajo de los árboles en el campo sus yelmos; pero no hallaron las lorigas, de que muy maravillados fueron. Y buscando al derredor de sí, miraron encima de los árboles y vieron cómo los jimios las tenían vestidas, y comenzáronse á santiguar, creyendo que algunos diablos fuesen aquellos jimios. Mas Argento, el escudero del rey de Dacia, que agudo y de muy sutil ingenio era, dijo á los caballeros: «Señores, busquemos algun modo para cobrar las lorigas, y vamos de aquí, que la vianda nos falta; que menos peligro será tentar la fortuna de la mar, con la piedad de aquel muy alto y poderoso Señor, que morir en esta isla yerma de hambre. — Bien decis, dijeron ellos; mas ¿cómo se hará eso, que los árboles son tantos y tan altos, que por ninguna manera se podrán haber los jimios.» Entonces fué á cortar una rama de un árbol, la que mas le pareció aparejada para su obra, y hizo della un arco, y puso en él una cuerda de seda, de las que en los escudos traían, con que á los cuellos los echaban. Asimesmo hizo flechas con puntas muy agudas, y paróse debajo de los árboles, y comenzó con ellas á tirar á los jimios, y por mucho que ellos se guardaban, el escudero, que de aquella arte sabía, dábales en las caras y cabezas y por los cuerpos, de manera que les hacia sangrar por muchas partes. Los jimios querían huir, mas embarzábalos el peso de las lorigas; así que, no se podían valer y daban muy grandes gritos, de que los caballeros tomaban muy grande placer, y reían mucho, y esperábanlos con las espadas para los matar cuando cayesen. Finalmente, tanto los aquejó Argento, y tantas heridas les dió, que desahogados de sus propias fuerzas, derribó al uno á tierra, y luego despues al otro, y fueron luego tomados por los caballeros, los cuales no los quisieron matar, antes en habiéndoles quitado las lorigas, los soltaron luego, porque guareciesen.

Esto así hecho, armáronse, queriéndose tornar á embarcar, teniendo por mayor fortuna aquella de la yerma y deshabitada tierra en que no tenían esperanza, que la de la mar; que así como la muerte es el reparo de la vida, así della les podría esta ocurrir; pero de otra manera les aconteció, que llegados á la ribera, hallaron que la mucha fuerza de los vientos quebrantó la cadena con que la barca presa estaba, y la había metido á lo hondo, de que muy desmayados fueron, creyendo que ya de todo en todo, sin ninguna esperanza de alcanzar ninguna fama ni gloria, la muerte les era venida; y turbados de ver un tan extraño caso, acordaron de se tornar á la fuente que ya oistes, y esperar con aquella poca vianda, que para dos dias les podía bastar, esperando que la misericordia de Dios, que allí los había llevado, los sacaría á puerto.

CAPITULO XXXIII.

De que estando esperando estos caballeros la aventura que de Dios les viniese, la tormenta de la mar echó allí á aquel valiente Frandalo, con su nave, en que á la doncella Carmela, embajadora de Esplandian, captiva traía, con el cual Maneli el Mesurado por librar á la doncella aceptó la batalla.

Pues ya pasados aquellos dos dias, que ninguna cosa que comer pudiesen les quedaba, esperando, sin ninguna esperanza de la vida, la cruel muerte, estando sobre una muy alta peña, mirando la gran braveza de la mar, que aun ninguna cosa había sosegado, vínoles el remedio que agora oiréis, mas no sin gran afrenta y peligro de sus vidas; que á muy poco rato del día vieron hácia sí venir una nave contra donde ellos estaban, que la fortuna por allí traía, sin ningun gobernalle, de que no poco placer sus ánimos sintieron en verla así venir. Pues ya llegada á la ribera la nave, y los caballeros al agua, preguntaron á los hombres que en ella venían cómo era aquella fusta. Respondieron ellos: «Es de aquel que su mayor alegría es cuando pone en mas tristeza y tribulacion aquellos que le encuentran. — Aunque ese sea, dijeron los caballeros, nosotros la tenemos tan grande, que regalo nos será cualquier cruera que sacándonos de aquí nos sea hecha; y decidnos, si vos place, ¿quién es este que decis que tal espanto pone? — Este es, dijeron ellos, aquel valiente Frandalo, que con su grande esfuerzo corre y sojuzga toda la mayor parte destas mares con su gran flota; que esta tormenta que veis ha esparcido en diversas partes, quedando él en esta sola fusta, que por muchas veces ha sido en punto de ser anegada.» Pues á esta sazón que hablaban salió al borde de la nave un hombre, y como vido los caballeros así armados, dió grandes voces diciendo: «Salid, Señor, salid; que aquí están los dos caballeros que mataron á vuestro primo, hijo de hermano.» A estas voces salió un caballero grande de cuerpo y muy fiero de rostro, y dijo contra los caballeros: «¿Sois vosotros los que matasteis á Lindoraque, mi primo? — No sabemos, dijo Maneli, quién fué vuestro primo, ni hasta agora desde que caballeros fuimos, nunca nuestras espadas fueron probadas en cosa que afrenta se pueda llamar. — No lo creais, dijo el escudero; que estos son los caballeros que yo digo, que yo los conozco en las armas, y así lo dirá la doncella que aquí presa traeis.» Frandalo les dijo: «Caballeros, no conviene negar lo que hicistes, pues que no vos ha de aprovechar; que forzado es que padezcáis la muerte, porque la distes al mejor caballero del mundo y al que mas amaba.» Maneli, como era muy mesurado, respondióle diciendo: «Si tal fué aquel vuestro primo, como vos decis, bien osaríamos aventurarnos al peligro con que nos amenazais, por haber ganado la gloria de tal vencimiento; pero de lo que por nos pasase no terníamos por honesto de nos loar, cuanto mas aquello que nunca hecimos. — Pues salga la doncella, dijo Frandalo, porque nos declare la verdad.»

Entonces aquel escudero fué por ella y trújola, y como ella vió á los dos caballeros, dijo en alta voz: «Santa María! ¿quién son estos que veo? que las armas son de mí conocidas, mas no sus rostros.» Y dijo: «Caballeros, decidme por Dios, ¿dónde hubistes esas

armas? — Buena doncella, respondió el rey de Dacia, ¿por qué lo preguntais? — Porque, dijo ella, yo las vi á dos caballeros que, si aquí se hallasen, procurarían hasta la muerte pelear para me sacar desta prision. — Pues decidnos, si os place, dijo el Rey, quién son los caballeros á quien estas armas vistéis, y si la razon nos obliga de os poder librar y las fuerzas para ello nos bastan, la voluntad no faltará de lo poner en ejecucion. — Pues que así vos place, dijo ella, decir vos lo he, y cumplid lo que prometéis. — Sabed, dijo ella, que al uno llaman Talanque y al otro Ambor, compañeros de guerra mi señor cuya yo soy. — ¡Ay doncella, dijo Maneli, por Dios decidnos lo que dellos sabeis! — Pues rogad, dijo ella, á este caballero que por fuerza me trae, que me deje libre, y todo lo que yo supiere vos será por mí manifiesto; que no será poco de contar, ni el placer que dello, si los amais, se vos seguirá.» Entonces ellos rogaron muy ahincadamente al caballero de la nave que les diese la doncella, pues que contra su voluntad la traía. Él se comenzó á reír como en escarnio, y dijo: «No pasará mucho tiempo que os porné yo en tal parte que ella habrá de ser rogadora por vosotros; y procurad de vos defender, y no de huir, que en esa isla yo muy bien conozco que no podréis escapar.»

Maneli, que así se oía amenazar, hubo muy grande enojo, y dijo: «Caballero, con mas razon podríamos nosotros decirvos eso, porque estáis en parte donde libremente podeis ir donde os placere; que nosotros, ni tenemos fusta ni reparo en la tierra, con que las vidas se puedan sostener. Y pues vuestro corazon basta á vos poner en tanta soberbia, baste para vuestra persona la ejecutar con aquel que de nosotros mas le contentare, viniendo vos aquí donde nosotros estamos, ó con seguro de todos los vuestros, sino de vos solo, entrando allá en esa nave donde estáis, y el vencedor lleve la doncella.» Frandalo, que en muy poco los tenía, así por su tierna edad dellos como por la sobrada valentía que tenía, comenzó á demandar sus armas, que luego se las trujesen, y así se hizo; que él fué armado y muy ricamente, como aquel que por sí tenía todas las demás riquezas de los que en aquellas partes navegaban. Y saltando en la barca de la doncella que de la nave trabada estaba, salió en tierra, donde los caballeros estaban, el yelmo enlazado y el escudo al cuello, y díjoles: «Mozos desaventurados, habed piedad de vuestra juventud, dejando las armas y poniéndoos en la mi merced.» Dejemos ya tantas amenazas, dijo Maneli; que yo fio en Dios que esa merced presto la pediréis, y escoged el uno de nosotros que la doncella vos demande, y el otro en esta barca se pasará á vuestra fusta, porque la batalla se haga con igual pérdida. De cualquier manera que sea, dijo Frandalo, no os me podeis escapar, que en poco tengo yo batalla de dos caballeros, aunque muy señalados en el mundo fuesen; pero á tí quiero dar esta gloria, que será la mayor y postrimera que en tu vida podrás gauar, en te hacer tan osado, que solo conmigo en el campo quedes. Maneli no le respondía cosa alguna, y volviéndose al rey de Dacia, le dijo: «Buen señor, pues que á este caballero place que yo haya la primera batalla, mucho os ruego que vos paseis á la nave, y si mi ventura fue-